

AÑO VII
N.º 301

LA ALBORADA

Tiraje de este N.º
8,000

PERIÓDICO ILUSTRADO

SEMANARIO DE ACTUALIDADES, LITERARIO Y FESTIVO

REDACTORES:
CARLOS F. MUÑOZ
MANUEL MEDINA BETANCORT

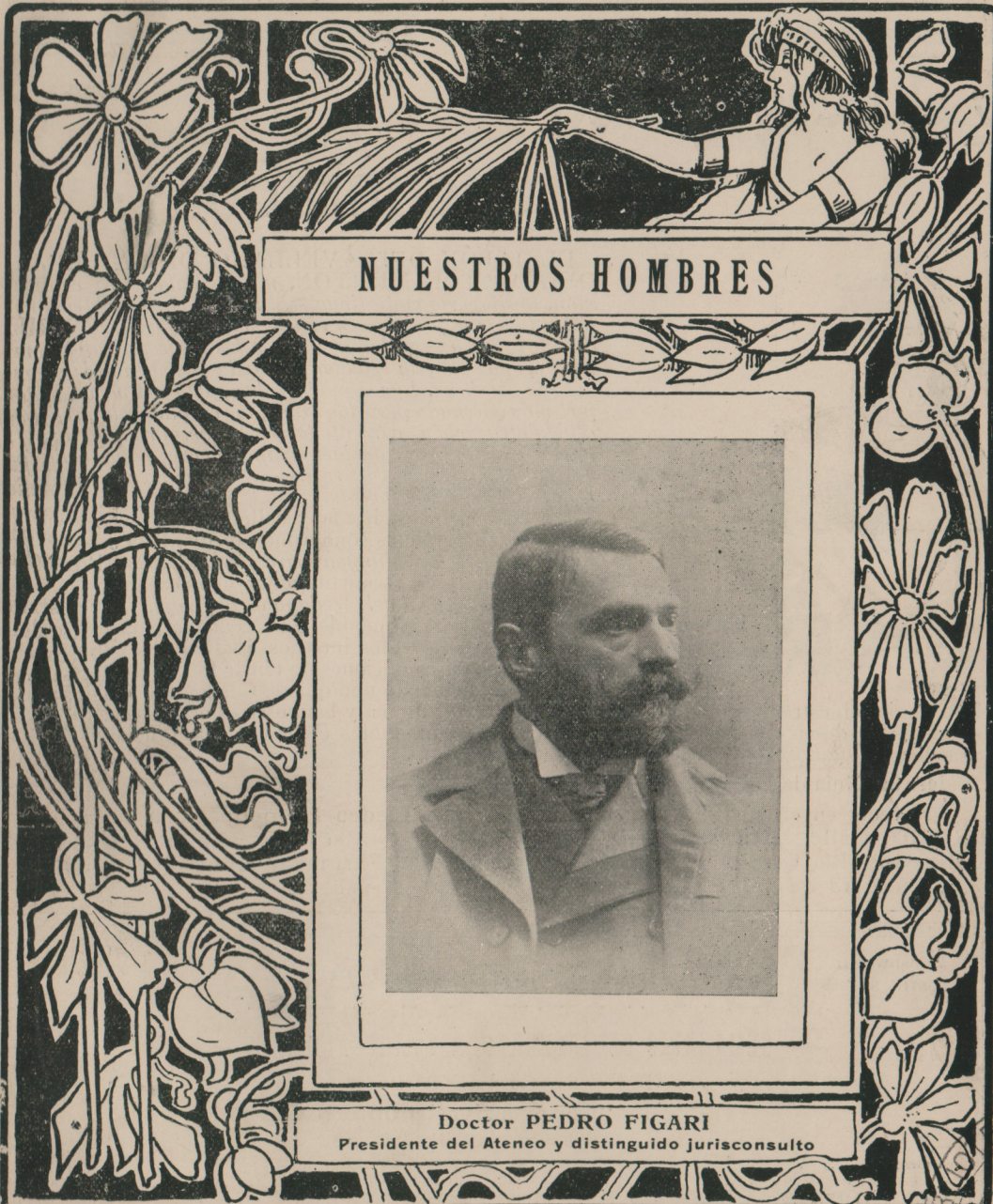
ADMINISTRADOR:
AGUSTIN SALOM

DIBUJANTE:
ORESTES BAROFFIO

Oficinas: 18 de Julio, 194

Montevideo, Diciembre 20 de 1903

Suscripción anual adelantada: \$ 5

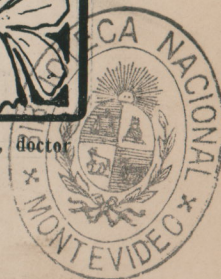


NUESTROS HOMBRES



Doctor PEDRO FIGARI
Presidente del Ateneo y distinguido jurisconsulto

En el próximo número aparecerá en esta galería el retrato del señor Arzobispo de Montevideo, Doctor Mariano Soler.



RESTAURANT IMPERIAL

de Alberto Lovera

CALLE DAYMAN, 112 al 118, Frente á la Iglesia de los Vascos--MONTEVIDEO

TELÉFONO: LA URUGUAYA

El que suscribe propietario del RESTAURANT IMPERIAL avisa á su numerosa clientela que ha efectuado grandes mejoras en su establecimiento aumentando extensamente las comodidades de la casa con mayor número de habitaciones y mejoras en el salón-comedor para comodidad de los clientes que se dignen favorecerlo.

Las familias hallarán comodidades especiales y con independencia; pues no he omitido ningún sacrificio para proporcionarles las mayores comodidades en la inteligencia del buen servicio.

Asimismo prevengo que los pasajeros que se dirijan á mi Restaurant, no tienen necesidad de tomar carruajes, pues en la Estación del Ferrocarril hallarán los que pertenecen al servicio de mi Establecimiento como igualmente quien los acompañe hasta la casa para mayor seguridad y comodidad.

De Uds. A. S. S.

Alberto Lovera.

¿Quiere Usted ser encantadora?



EL JABÓN DEL AVELLANO DE LA BRUJA, DEL DOCTOR MUNYON, mejora cualquiera compleción, no importa cuán linda sea. Pone el cutis terso como la felpa, lo limpia, sonrosa y embellece; cura las irritaciones, delecta la tez y sana las ronchas y los padecimientos cutáneos propios de esta estación; evita la caspa, limpia y aseada la cabellera. Las Mamás saben que es el mejor jabón y el más adecuado para los niños; los caballeros lo prefieren á todo otro jabón para afeitarse. Se asegura que cura los labios y las manos rajadas, en una noche; y que evita los barros y los «clavos» del rostro.—¿Porqué no lo prueba usted?—Sólo cuesta 40 cents.

Para tener el cutis lozano y bello procúrese conservar la digestión en perfectas condiciones, mediante el uso del Remedio del Doctor Munyon para la Dispepsia. (Precio, 40 cents.). Regulariza reconstituye y rejuvenece los estómagos cansados. El Jabón del Avellano de la Bruja, vivifica el cutis y lo conserva saludable. La Medicina para la Dispepsia cura los desarreglos internos. El Remedio para la Dispepsia pone en condiciones de tomar lo que gusta, todo lo que agrada y cuando uno quiere. Corrige los vahidos, cura el insomnio, el estreñimiento, etc. Da sangre vigorosa, anima y hermosa el organismo. Si no se Remedios mejorados Homeopáticos del Doctor Munyon.

Pídase la «Guía de la Salud» (gratis).

En venta en el Establecimiento de Especialidades Homeopáticas de J. CASTRELO, Calle Arapey, 132a, único concesionario para la importación en el Uruguay y el Estado de Río Grande del Sur (Brasil). En la Gran Farmacia Homeopática Lois & Cia., Calle 18 de Julio 206, y en todas las de esta República.

Administrador:
AGUSTIN SALOM

LA ALBORADA

18 de Julio, 194

1.º piso

SEMANARIO DE LITERATURA Y ACTUALIDADES

FUNDADO EN 5 DE JULIO DE 1896

Teléfono «Cooperativa» número 615

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Por mes.	ps. 0.50	Número suelto (atrasado)	ps. 0.30
Por semestre adelantado	3.00	Por un año adelantado	5.00
Número suelto (los sábados y domingos).	0.10	Exterior. Por año adelantado	7.00
» (de la semana)	0.20	» Chile. Idem ídem.	ps. 15.00 moneda chilena

AÑO VII

N.º 301

La Alborada

Tiraje de este N.º
8,000

PERIÓDICO ILUSTRADO
SEMANARIO DE ACTUALIDADES, LITERARIO Y FESTIVO

REDACTORES:
CARLOS F. MUÑOZ
MANUEL MEDINA BETANCORT

ADMINISTRADOR:
AGUSTIN SALOM

DIBUJANTES:
ORESTES BAROFFIO

Oficinas: 18 de Julio, 194

Montevideo, Diciembre 20 de 1903

Suscripción anual adelantada: \$ 6

El cónsul de la República en Cuba

SU PARTIDA

Con rumbo á la Habana se embarcó el domingo á las ocho de la mañana en el trasatlántico «Arabiston», el señor Rafael J. Fosalba, nuevo cónsul general en la República de Cuba.

La capitania del puerto puso á disposición del señor Fosalba el vapor «Lavalleja».

Se trasladaron hasta á bordo á fin de despedirlo, el cónsul de Cuba general Enamorado y su secretario, y los señores Eduardo B. O'Neill, Vicente Martínez, Gregorio Martínez, Servando Varela, Ataliva Acevedo, Ramón Lapido, Mario Acevedo, Domingo Fontán, Ramón Núñez, Emilio Albanel, José Leguey, Bruno Corbo, Eliseo Cures Pérez, Exequiel Díaz Grajales, Arturo



Señor Rafael J. Fosalba

Aldabe, Alberto E. Arlas y Daniel Pérez Pereira.

Una vez llegados á bordo del «Arabiston» el señor Fosalba y su familia, el señor Vicente Martínez en nombre de los amigos que lo acompañaban, pronunció un inspirado brindis, al que contestó en breves palabras el agraciado profundamente conmovido.

Después siguieron á este otros brindis, inspirados todos en los mejores deseos de éxito en la misión que le lleva á la capital de la perla de las Antillas.

Pocos momentos después, el citado trasatlántico hizo rumbo á altamar, siendo saludado el viajero con nuevas demostraciones de cariño.

Seguros estamos que el nuevo Cónsul en la joven República de Cuba sabrá desempeñar con brillo y lucimiento la difícil misión que le ha confiado el gobierno de la República.

De Rivera

LA URBANA—COLOCACIÓN DE UNA CAMPANA

Nuestro corresponsal fotográfico señor G. Vázquez Reissig, nos ha remitido la adjunta información gráfica que ofrecemos á nuestros lectores, y que causas imprevistas imposibilitaron una más pronta remisión. Pero como los sucesos desarrollados últimamente en aquella capital extrema de la República, amén de las escasas noticias de toda índole que comúnmente tenemos entre nosotros, — hacen siempre de real



Jefes y oficiales de la Urbana

interés todo lo que de allá nos llegue,—es causa indiseñable que nos mueve á darle publicidad, á fin de informar en lo posible á todos nuestros numerosos lectores de los demás puntos de la República.

Dos de las fotografías que publicamos son: de la Urbana en formación, de marcha una, y la otra de los jefes y oficiales que mandan en la actualidad la misma, fuerza legal que tuvo sus muchos días de li-

za, á raíz de los acontecimientos acaecidos allí por la violación de territorio hecha por fuerzas brasileñas.

Se recordará la causa: haberse aprehendido por las autoridades locales á un requerido por la justicia, Gentil Gómez,

en circunstancias que éste había traspuesto nuestros límites atraído por los festejos que se realizaban en Rivera con motivo de la coloca-



La Urbana en formación

leñas en actitud hostil, que respondían á inspiraciones del intendente de Santa Ana, Ataliva Gómez, en demanda por derecho de fuerza del mencionado Gentil, hermano de este último.

La digna actitud asumida por el

Jefe Político señor Carmelo Cabrera, contuvo en lo posible la tropelia violatoria, aunque desgraciadamente logró escapar de su justicia el causante de todo este conflicto bochornoso.

La tercera fotografía se refiere á la antedicha



La nueva campana de la iglesia parroquial, pretexto del conflicto internacional

ción de una nueva campana en la iglesia de la villa. Incontinentemente de acontecida esta prisión, se presentaron en la vecindad de Rivera, sobre la línea y después dentro de ella, fuerzas brasi-



Mojón construido en la línea divisoria
Fots. de G. Vázquez Reissig.

campana colocada el 1.º de Noviembre, instantes antes de los sucesos de que damos cuenta. Y la cuarta y última es tomada de un mojón divisorio de nuestra frontera con el Brasil.

Ruptura tardía

Ya no más en las noches, en las noches glaciales que agitaban los rizos de azabache en tu nuca, soñaremos unidos en los viejos sitios:

Ya no más en las tardes frías, quietas y grises pediremos mercedes á la virgen caduca, la del manto de plata salpicado de iises.

¡Ay! es fuerza que ocultes ese rostro marmóreo, vida y luz, en un claustro de penumbras austeras donde pesa en las almas todo el hielo hiperbóreo.

Nos amábamos mucho, mas tu amor me perdía; ¡nos besábamos tanto! mas perdido te hubieras, y rompimos los lazos que al placer nos unía.

¡Es preciso! Muramos á las dichas humanas, seguiré mi camino, muy penoso y muy tardo, sin besar tus pupilas, tus pupilas arcanas!

Plugue á Dios cuando menos que algún día, semuerto ya, te visite, como Pedro Abelardo; ¡hora, visitó, ya cadáver, á Eloisa la priora.

AMADO NERVO.

Del Durazno

UN BANQUETE Á POZZILI



El banquete

Fot. de P. Paladino.

ció un banquete en la Confitería Americana, al final del cual hubo conceptuosos é inspirados brindis, entre otros de los señores doctor Peluffo, Grosso y Cotaldo.

Impresiones de estética

El alma compleja de la poesía moderna no puede ser comprendida sino por altos y refinados espíritus. El arte se sutaliza á medida que aumenta la cultura social; pero esa sutilidad en las ideas y en las sensaciones se escapa á todo aquel que no haya ahondado en el análisis estético. De aquí que la inmensa mayoría analfabeta, y aún las minorías inteligentes, sean refractarias á las nobles expresiones rimadas. En verdad que el arte—uno de los más inefables goces de la vida—sólo puede ser expresado, sentido y gozado por un escaso número de almas singulares y selectas.

Todo hombre de talento puede comprender, en la primera lectura, un libro de estética. Lo comprende en conjunto; pero, de seguro, no gozará de la hermosura que encierra cada uno de sus detalles. Se necesita una larga preparación, una iniciación lenta y fecunda en el raro culto del estilo, para conocer el significado psicológico de algunos vocablos y para percibir la magia de ciertas rimas. El lector no podrá deleitarse con el subjetivo encanto de las imágenes que se suceden ante sus ojos, si su propia imaginación no le ayuda á revestirlas fastuosamente con un ropaje de encendidas pederías.

Se ha dicho que en materia de ideas casi todo es viejo; pero el estilo es peculiar á la persona-

lidad intelectual. Deber de todo artista es procurar que sus pensamientos sean originales, hasta donde esto sea posible; pero mayor deber tiene de cubrirlos con trajes únicos y bellos, en los que no debe advertirse el más leve pliegue hecho por una mano extraña.

Eso, ante todo: que la forma en la frase sea personal, y en el verso única, propia, de sello inconfundible, sin un tenue soplo de ajenas inspiraciones.

La originalidad en el estilo es la primordial virtud del artista. A ella deberá tender desde el instante en que se inicia en su carrera de laureles y de espinas. Aprisionar la frase rebelde en el molde de sus íntimas sensaciones; decir las cosas con su manera especial; reflejar en las palabras, enlazadas peculiarmente, su carácter y su espíritu y su propio temperamento: hé aquí el hondo problema.

Quien posea verdadera fuerza creadora y verdadera idiosincrasia estética, lo resuelve satisfactoriamente. Y alcanzado ese triunfo, su nombre vibrará

en los oídos de muchas generaciones, y aún puede llegar á prolongarse, indefinidamente, en la conciencia de los siglos.



FROILÁN TURCIOS.

PÁGINA DE VERSOS

CLEOPATRA

La vi tendida de espaldas
Entre púrpuras revueltas...
Estaba toda desnuda
Aspirando humo de esencias,
En largo tumbo escarchado
De diamantes y de perlas

Sobre la siniestra mano
Apoyaba la cabeza,
Y cual el ojo de un tigre,
Un ópalo daba en ella
Vislumbre de sangre y fuego
Al oro de su ancha trenza.

Tenía un pie sobre el otro
Y los dos como azucenas,
Y cerca de los tobillos,
Argollas de finas piedras,
Y en el vientre un denso triángulo
De rizada y rubia seda.

En un brazo se torcía
Como cinta de centella,
Un áspid de filigrana
Salpicado de turquesas
Con dos carbunclos por ojos
Y un dardo de oro por lengua.

Tibias estaban sus carnes
Y sus altos pechos eran
Cual blanca leche vertida
Dentro de dos copas griegas,
Convertida en alabastro
Sólida ya, pero aún trémula.

¡Ah! hubiera yo dado entonces
Todos mis lauros de Atenas,
Por entrar en esa alcoba
Coronado de violetas,
Dejando con los eunucos
Mis coturnos á la puerta.

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.

GOLPES DE HACHA

Para Ferreira Oroño.

Yo sé odiar como odian los malditos,
Como odia la turba abofeteada,
Como odian los bravos, los proscritos
Por una sociedad envenenada.

En medio al huracán de las miserias
Yo me siento coloso, yo sé erguirme.
Si la sangre calienta las arterias,
La voluntad es una roca firme.

Quien quiebra el eslabón de la bajeza
Siempre hiere al estrecho mercenario.

Por eso es necesaria la entereza
Hasta la misma cumbre del Calvario.

Las falanges inmundas de la envidia
¡Yo lo digo bien alto! me atacaron,
Pero huyeron tragando su perfidia
Y en su propia iracundia se enterraron.

Hay un gremio de fuertes. A ese gremio
Pertenezco. Desprecio al ser villano,
Y no cambio mi traje de bohemio
Por el rico vestir del cortesano.

En medio á la ansiedad que me devora
Yo no temo la furia más insana.
Sólo el sol del talento me enamora,
Y atrevido, confío en el mañana!

VICENTE MARTÍNEZ.

EN EL CAMPO

Me dijo la gardenia:—soy muy blanca!
Y yo le contesté:—¡No como ella!—
—Es celeste mi luz!—murmura Sirio—
Y—¡la suya es mejor!—digo á la estrella

La alondra enamorada, en el encino,
Y el ruiseñor, oculto entre las flores,
Cantan alegres: los escucho y pienso
—¡Qué mal cantan los pobres ruiseñores!
No hay pájaro que iguale las cadencias
De la voz de mi amada: no hay lucero
Que brille cual sus húmedas pupilas
Cuando me dice con amor:—te quiero!
Llévate todo ¡oh Dios! luz y perfumes,
El ruiseñor, las flores y la estrella,
Todo lo hermoso que á la tierra diste...
¡Pero déjame á ella!

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

ALMENDRAS AMARGAS

AYER Y HOY

En mi alegre mocedad,
para calmar mis enojos
buscaba con ansiedad
la clara luz de tus ojos

Pasaron rápidamente
uno tras otro los años,
y fuí víctima inocente
de tus acerbos engaños.

Hoy, cargado de cadenas,
recuerdo tus gracias bellas;
y para calmar mis penas
busco luz... en las botellas.

GUSTAVO A. MANRIQUE.

Los enamorados

ENSAYOS DE ESTUDIOS DEL NATURAL

A. V. Pérez Petit.

I

El amor, principal sentimiento de ciertos seres humanos, tiene tantas fases como clases de temperamentos existen. Así como hay muchos que aman, hay muchas maneras de amar. Algunos aman pasivamente, sin manifestaciones pasionales de ninguna especie. En éstos, el amor existe; pero en forma neutra, así como existe el dolor en el cloroformado á quien asieran una pierna ó un brazo. Siguen un instinto de inclinación hacia una persona que les gusta más que otra, y nada más. No forma, como en otros, el principal elemento de vida. Espíritus comunes, encajonados en una vulgaridad excesiva, no son capaces de llegar, por el amor, á la grandeza ó al crimen. es decir, ni son poetas ni criminales, ni cantan ni matan. Almas bajas, ponen el amor al mismo nivel de una operación mercantil; juegan con el corazón al alza y á la baja, cuentan el debe y el haber de sus sentimientos hacia el ser objeto de su preferencia; lo encierran dentro del círculo estrecho de sus miras, y no se dan por enteros á ese amor, sino que reservan libre una parte de sus mediocres personalidades: la de sus intereses. Si les conviene, siguen adelante; de lo contrario, vuelven atrás. Corazones egoístas, mandan en sus sentimientos como el maquinista en la locomotora; pero también, como ésta, no salen nunca de la vía recta trazada por los rieles de su convencionalismo; y si alguna vez se desvían, vuelven de nuevo á encauzarse, extraviados de vivir en un mundo que les es fatal. Luego, cuando se casan, eligiendo siempre una mujer que esté á su misma altura moral, se convierten en máquinas de hacer hijos.

II

Hay otros seres para quienes el amor no es nada: una cosa divertida que les gusta. Se sacrifican en aras del amor con la misma tranquilidad usada para mudar de corbata ó ponerse un sombrero nuevo. Amar, para ellos, es tener novia, hablar con una muchacha por el balcón ó por la ventana, seguirla en el paseo, verla en misa, cartearse con ella. Son amadores inofensivos, de la especie más mansa que puede existir. Con ellos no pelagra la inocencia... ni casi la soltería de la muchacha: ni la seducen ni se casan con ella. Mariposean, describiendo círculos concéntricos alrededor de ella; bajan, suben, se acercan, se alejan, fastidian, agradan, pero nunca desbarran. A lo más un beso... tan

mal pedido como prontamente negado, una escaramuza con mucho jingrala! y luego paz. Si, por casualidad, trazan alrededor de la muchacha una espiral que tenga su fin en un casorio, entonces, casándose, realizan todo su destino. Incapaces de pedir nada más á la vida, aceptan lo que ésta les da, conformándose. Después... nada. Son la multitud heterogénea, que pasa desapercibida entre los demás, y que, del brazo de sus respectivas mujeres, marchan, viiendo rodeados de una abigarrada caterva de chicuelos, que entonan junto á ellos la eterna cantilena del pan.

III

Luego, viene el hombre-amor, el que verdaderamente quiere, ama, se apasiona. Este es el ser más desgraciado de la especie humana. Ha hecho del amor un ideal, del alma un sentimiento, del corazón una mujer... á quien amar.

Para él el amor lo es todo. Ciencia, arte, vida. Sufre en su amor; llora, ríe, se desespera; ruega, manda, obedece, adora, mata. Es confiado, por su mismo amor; celoso, por su misma pasión; mata por ambas cosas. Romeo ú Otelo, es siempre único y grande. Nunca se confunde ni empequeñece. Antes su amor, después lo demás. He ahí su lema. Para él, en su bella despreocupación, la vida vale un caprioto; la fortuna, un capricho; el porvenir, una mirada de amor. Si rico, se queda pobre en aras de su amor. Si pobre, vende, pide, roba... como robó el Juan José de Dienta. Y si, alguna vez, una gota de sangre invade su cerebro y nie-

Señorita Dorila Figari

bla y oscurece su razón, ya de por sí casi nula, toma el puñal del asesino ó el arma del vengador y delinque. Hiere, desgarras, aniquila, mata. Nunca perdona. Es, en fin, un loco; pero, un loco sublime, que admira, á todo el que sabe admirar, con la grandeza de su locura. Los ignorantes le critican; los vulgares no le entienden; los inteligentes le quieren. Semejante siempre á un río sin cauce que le contenga, se desborda, ensancha, anega, destruye, arrasa. Enfurecido, á veces se destruye á sí mismo, envolviéndose en sus propios furores, formando, con sus aguas, un remolino que lo traga. Entonces, podemos decir que una aneurisma ha roto un corazón. La vida, demasiado frágil, cede al empuje arrollador de sus pasiones, y su amor es su muerte.

ANGEL C. MIRANDA.

Diciembre de 1903.

En el "Círculo Unión Mercantil"

Tuvo lugar el lunes 7 del corriente, en los espléndidos salones del «Círculo Unión Mercantil», una simpático y familiar festival á beneficio del mismo, organizado por una comisión de señoras que frecuentan los recibos mensuales con que esta sociedad obsequia á las familias de sus numerosos asociados.

Tomaron parte en él las señoritas Elisa Aba-

die, Laura Caballero, Juanita Romeu, Rosa Coll, Dorila Galcerán, Leonor Sintas y las interesantes niñas Angelita Romeu, Lolita Sintas, Celia Fernández, Celestina y Teresita Cetrulo, Juanita Orueta y Rosita Sulé.



La comisión organizadora del festival

Nocturna de Fillat y C.ª.

Contribuyeron al éxito de esta fiesta la «Estudiantina Verdi», dirigida por el señor Cetrulo, y los señores Saqués, Sobredo Tururiello y Tomás Molinos.

Terminó la velada con un animado baile que duró hasta las 4 1/2 a.m.

La fotografía que reproducimos fué tomada por el señor Fillat en el momento de presentarse en el lindo teatro la Comisión Organi-

zadora. Sentimos que la falta de espacio no nos permita dar mayores detalles de este festival, que no dudamos habrá dejado gratos recuerdos á las familias que en él hicieron acto de presencia.

Esponsales

Ultimamente se verificó con toda solemnidad el enlace del joven Santiago Grolero con la interesante señorita María Berterretche, personas ambas de estimación en nuestra sociedad.

El contrato civil fué autorizado por el Juez de Paz de la 18.ª sección doctor Luis de Vila, siendo testigos por parte del novio los señores Elbio Alonso y Juan G. Rodríguez y de la contrayente los señores Norberto Acevedo y doctor Norberto Barbot.

En la ceremonia religiosa que se veri-

ficó á la noche en casa de la familia de la novia, fueron padrinos el señor Juan Beisso y la señora Dominga D. de Berterretche, madre de la desposada.

Presenciaron la bendición nupcial numerosas familias, entre las que recordamos á las de Poggi, Gelsi, Puppo, Giménez, Acevedo, González, Luro, Veiga, Storache, Olarte de Grolero, Balcarce de Grolero, Lezama, Pastorino, Musante, Bermúdez Paez, Ravecca, Nieves S. de Grolero, Castaños de Noriego, Poggi de Beisso, Berterretche, Echevarne, Bordes, Alonso, Barbot, Olarte, etc.

Con motivo de este enlace, se verificó una fiesta que llevó su animación y su brillo hasta las primeras horas de la mañana.



Señor Santiago Grolero



Señorita María Berterretche

Meteorología

En 1860 era yo asiduo concurrente á la tertulia del Brigadier del ejército español don Antonio Vigil, quien después de la capitulación de Ayacucho, tomó servicio con los republicanos y alcanzó á investir la clase de General. Murió casi nonagenario, y con reputación de valiente y entendido militar, y de caballero honrado á carta cabal.

Decíame una noche Vigil, que todo hombre lleva en sí la intuición de la forma cómo ha de herirlo la muerte, y que esa intuición se revela hasta en las palabras favoritas. Y como para probármelo, me contó lo que yo, á mi manera, voy á contar á ustedes.

El Brigadier arequipeño don Juan Ruiz de Somocurcio que, como subjefe del Mariscal Valdez, capituló en Ayacucho, debió ser soldado de mucho *ñeque* cuando, á pesar de su condición de americano, llegó á investir tan alta clase militar en diez y siete años de carrera, principiada, como Cadete, en 1806. Casi no hubo batalla ni acción de guerra en el Alto Perú en que no se encontrara.—Guaqui, Salta, Vilcapugio, Ayohuma, Viluma y Zepita, fueron campos en los que, dice Mendiburu, ostentó su bravura. Sus ascensos todos, no fueron, pues, hijos del favor, sino conquistados en regla.

Aunque vivió desde niño en los Cuarteles, nadie oyó jamás á Somocurcio una de esas palabrotas ó tacos redondos de que tanto abusaban (y abusan, digámoslo claro) los militares, y especialmente los españoles, magüer no vistan uniforme. Dícese que mal puede ganar batallas, General que, á tiempo, no sabe echar un terno.

Si yo fuera el obispo Villarroel escribiría que Somocurcio entró en el Cuartel; pero el cuartel no entró en él.



En guardia

El Brigadier Somocurcio tenía afición á la meteorología, y á ella pedía prestadas palabras cuando le era preciso hablar algo.

¿El asistente demoraba en lustrar las botas?—Rayos! exclamaba su señoría.—Vienen ó no vienen esas botas? ¡Mil rayos!

¿Se hacía el asistente remolón para ir á desempeñar un recado? Pues no faltaba un—¡Granizo! ¿Vas ó te hago ir más que de prisa? ¡Granizo!

¿El asistente no había ensillado el caballo? Pues don Juan Ruiz de Somocurcio se convertía en tempestad deshecha, y todo se le volvía gritar—¡Rayos y truenos! Mala centella te parta, tunante!

¿Daba un tropezón y se lastimaba un callo?—¡Relámpagos! ¡Mil relámpagos!

Sólo delante de Valdez amainaba un poco la tormenta. Cuando el español, por cualquier futilidad, soltaba un ¡Ca... rámbano (se entiende sin dirigirse á Somocurcio, que era su segundo y á quien estimaba muy cordialmente) el arequipeño lo interrumpía diciendo con brío:

—¡Nubes y lluvia, mi general!

Valdez desarrugaba el ceño; tendía la mano á Somocurcio y contestaba:

—Vamos, don Juan, que siempre ha de tener usted á mano el chaparrón para apagar la candela.

El Brigadier se había casado en 1817, y en los siete años transcurridos hasta el día de Ayacucho, tal vez no excedían de seis meses, por junto, los pasados en su hogar. Por eso el general La-Mar, que era muy amigo y apreciador de Somocurcio, se interesó con Sucre para que, libre de la condición de prisionero, le permitiera residir en Arequipa al lado de su esposa.

El 3 de enero de 1825 hallándose el viajero en la pampa de Langhi, camino del Cuzco á Arequipa, se desencadenó una furiosa tormenta, y don Juan Ruiz de Somocurcio pereció herido por el rayo.

Vivió y murió meteorológicamente.

RICARDO PALMA.

Lima.



La merienda

El secreto de la felicidad

Era en una tarde serena, en esa hora melancólica de los sueños del alma, hora de luz indecisa y misteriosa que confunde las claridades del día con las sombras de la noche, cuando volvía á su hogar un joven pálido de simpática expresión, frente tranquila y despejada, reveladora del talento reflexivo, que á primera vista lo hacía interesante.

Horacio venía del campo, libre por un momento el espíritu del cansancio de la lucha por la vida, adormecido entre los perfumes de las flores que bordean las orillas de las praderas y en ese ambiente de paz que se respira en la soledad, cuando se contempla en hondo arrobamiento el maravilloso conjunto de efluvios y armonías que brota de la naturaleza; pero dominado por una pasión profunda que en vano combatía, habíase despertado en él vivísimo deseo de buscar consuelo en el fondo de un corazón que aparecía siempre velado por el misterio; de sorprender el secreto de una conciencia que atesoraba todos los períodos de la vida, desde la niñez hasta la ancianidad; de romper el hilo de una mirada casi inmóvil, para descubrir los caudales de experiencia, las dudas ó las creencias, la dicha, la esperanza ó la infelicidad que puede encontrarse recorriendo el mundo con el vestido penitente del sacerdote, besando la cruz de Cristo, enseñando á los fieles la celestial doctrina.

El cura de la aldea, anciano venerable, que consagró á su vocación las primicias de su juventud, cultivando en la austeridad el precioso jardín de todas las virtudes cristianas, con los cabellos blancos, erguida la frente sin haber abierto jamás su corazón á nadie, sin salir del límite marcado á su palabra por la propia voluntad; encerrado siempre en sí mismo, sin dejar adivinar, ni los tormentos ni los gozos, era para Horacio, observador del corazón humano, el ser más apropiado á la dolencia de su alma y al vuelo de sus filosóficas investigaciones.

El P. Luis era querido y respetado en toda la comarca donde conocíanse sus ejemplares virtudes y su talento; ejercía suave dominio y benéfica influencia sobre todos los fieles de la Parroquia; pero nadie podía jactarse de marcada preferencia, ninguna familiaridad le era común, austero en todo, bastaba mirarlo para sentir que la veneración y el respeto se in-

terponían, como un muro que lo resguardaba.

Horacio tenía la felicidad de no haber perdido sus sentimientos religiosos, pero un amor desgraciado, un afecto imposible adueñado de todo su ser turbaba la tranquilidad de su vida, ofuscando su mente en horas de angustia y desesperación matadoras, dudas que chocando con sus creencias religiosas producíanle amargas impresiones.

Horacio, se encaminó una mañana del mes de



abril, á la humilde casa del Cura de la aldea: su corazón lo atraía cerca del venerable sacerdote en cuya larga existencia creía encontrar resuellos para los problemas de la vida.

El Padre Luis acababa de dar gracias por haber celebrado el Santo Sacrificio de la Misa: estaba sentado con un libro entre las manos y al presentarse Horacio se apresuró á saludarlo, con la afable acogida con

que recibía á todo el que lo buscaba, sin perder el reposo de su semblante ni dejar vislumbrar las impresiones de su espíritu.

—Padre: soy un joven que va perdiendo las ilusiones, la dicha y la esperanza! La vida en sus dilatados horizontes, no tiene para mí sino negras sombras, no tiene el cielo para las amarguras de mi corazón ni leve ráfaga de consuelo, y en la angustia de una pena, sin tregua comienzo á dudar... á dudar de aquello en que más creo, de mi religión querida, de ese dulce bálsamo, con que vi desde niño, á mis padres, suavizar sus dolores y vencer las asperezas del camino! Padre, decidme: vos, que habéis pasado los años consagrado á Cristo si en el mundo, se enseorea el mal para la ruina, ó el bien del hombre decidme, si tras larga práctica de misticismo y sacrificio sois feliz?

Pregunta tan sincera, tan espontánea, reveladora de un corazón sediento de paz y de virtud, hecha con genial sencillez, casi sin mundana fórmula, sorprendió vivamente al Padre Luis, manifestando en ese momento que la reserva de su carácter no dependía de su voluntad: no sabía inspirar confianza; pero la recibía devolviéndola con una dulzura que realzaba su actitud humilde y evangélica.

—Hijo mío: el mal no es obra de Dios! Infi-

nitamente grande, infinitamente poderoso y bueno, derramó hasta la última gota de su sangre para redimir al hombre. El mal ofrece al bien y á la virtud la mejor victoria; la promesa eterna supera toda generosidad y compensa todo sacrificio.

—Pero Padre... ¿Dios no supo que el hombre era débil y sucumbiría como sucumbió en las delicias del Paraíso?

—Dióle su gracia y la libertad humana, hijo mío. Dios impuso su ley de suavidad, rodeó al hombre de cuanto podía apetecer y él se desvió: era libre.

—Libre, Padre, ¿y no puede hacer muchas veces lo que quiere?

—Siempre, Horacio, que se separa de la ley de Dios, hecha para su bien, el hombre tropieza, vacila y cae como el hijo que desobedece los mandatos paternales enderezados todos á su felicidad. Dios es padre universal; nos ama con amor infinito y no puede hacer nada en daño nuestro. Piensa, hijo mío, en que el hombre busca su propia desventura.

El Padre Luis estaba alegre, entusiasmado y hablaba con cierta familiaridad que alentaba á Horacio ya bien confortado con su larga conferencia.

—Y aquello, Padre, del pecado original, pecado que expiamos sin haberlo cometido... todo esto me abruma...

—Triste herencia, Horacio, que Dios en su infinita misericordia borra de nuestra frente apenas nacemos. Los trabajos y los dolores que nos quedan, como las plantas que purifican el aire, sirven para nuestra santificación y, bástate, hijo mío, tener fe porque los designios de Dios son inescrutables. No todos podemos entender, ni explicarnos siquiera, los secretos de la ciencia; un niño no comprende ni lo que ve. ¿Qué distancia no hay entre nosotros y Dios?

Piensa que Dios lo ha hecho todo para nuestro bien; creados á su imagen y semejanza sólo perdemos esa sagrada filiación cuando nos separamos voluntariamente de El; cuando

lejos de cultivar los dones que la divina Providencia nos ha dado, marchitamos sus más hermosas flores cuando nos cubre la soberbia con sus negras alas, y tocamos á las puertas del alcázar de la gloria sin caer anonadados ni doblar la rodilla. Te hablo con el corazón porque eso te basta, pero si persistieras en tus dudas, invocaré mis estudios teológicos, en una nueva conferencia, para tranquilizarte, convenciéndote.

—¿Padre: ¿sois feliz en esta soledad, en esta vida, ajena á todo placer, monótona, sin ruido, no interrumpida sino por el tic-tac del reloj suspendido en la pared de este aposento? Decidme la verdad!

—Sí, hijo mío, soy feliz porque esa oscilación constante me señala la rapidez del tiempo y me dice que, sin excepción, todos caminamos á la tumba en cuyo oscuro regazo somos iguales en Dios y por Dios. Soy feliz porque en ese término dichoso las luchas y los sacrificios que creéis encierra el hábito que visto no levantarán á mi vista el fatídico espectro de la maldad humana, acusadora de su creador, y aunque es mucha mi miseria pediré perdón á Dios, confortándome en el recuerdo de haber querido cumplir siempre su santa ley.

Hijo mío: cumple con la ley divina y serás feliz. ¿Qué pesar oculta tu alma? ¿Qué tristeza consume tu vida?

—Padre, un amor imposible!

—¡Ah! «no codiciéis la mujer ajena», está escrito en los mandamientos de la ley de Dios. Cumple esa voluntad soberana, y verás como se calman las tormentas de tu corazón.

MARÍA M. C. DE PACHECO.

Diciembre de 1903.

Paisaje

(De Cypos de Humo).

El negro vientre de la tierra amiga desgarran los arados bienhechores; vierte el sol sus aljabas de fulgores sobre los granos que darán la espiga.

Sin que les acobarde la fatiga y envueltos de la siesta en los vapores, con ruda mano van los labradores libertando los surcos de la ortiga.

El suelo hierbe al amoroso beso del astro rey, y su testuz al peso fatigoso del yugo, el buey inclina.

Fuego de horno en el campo se derrama y una dorada y deslumbrante llama las blancas flores del jaral calcina.

GERÓNIMO J. REINA.



El último domingo se verificó en el colegio católico de la Inmaculada Concepción, una fiesta social en la que tomaron parte los educandos, con motivo de la distribución de premios á los que habían obtenido en los exámenes de fin de año buena clasificación. Asistieron á ella las familias de los niños, las que se deleitaron cuanto les fué posible, en el desempeño del programa, que era el siguiente:

«Leich, Cavalerie», (Ouverture), Suppé.

«Funerales y danzas», comedia representada por los alumnos F. García, M. Pringles, P. Iribarne, G. Facio, J. Milburn.

«La lettre de Manon», romanza, Gillet.

Premios de las clases elementales.

«Intermezzo», Gurlit.

«Vacances», coro á tres voces por los alumnos.

«Clase de geografía», comedia representada por los alumnos G. Facio, A. Olarte, J. Frigerio, M. Armas, A. Bustamante, R. Introini.

«Saltimbanchi», marcia, Ganne.

«Mañana

será otro día», representado por los alumnos F. García y G. Facio.

«Pluie d'or», Waldteufel.

Premios de los cursos comerciales, primer curso.

«Beau jour», coro por un grupo de alumnos, Rossini.

«Capricho característico», Espinosa.

«Celebridades», monólogo por el alumno José Frigerio.

«Valse bleue», Margis.

Premios de los cursos comerciales, segundo y tercer curso.

«Gavote de l'Infante», Marie.

«Despedida», por el alumno M. Pringles.

«La Feria», bolero, Thullier.

El niño Teodoro Blanco, que recitó una composición á la bandera

será otro día», representado por los alumnos F. García y G. Facio.

«Pluie d'or», Waldteufel.

Premios de los cursos comerciales, primer curso.

«Beau jour», coro por un grupo de alumnos, Rossini.

«Capricho característico», Espinosa.

«Celebridades», monólogo por el alumno José Frigerio.

«Valse bleue», Margis.

Premios de los cursos comerciales, segundo y tercer curso.



El niño Teodoro Blanco, que recitó una composición á la bandera

será otro día», representado por los alumnos F. García y G. Facio.

«Pluie d'or», Waldteufel.

Premios de los cursos comerciales, primer curso.

«Beau jour», coro por un grupo de alumnos, Rossini.

«Capricho característico», Espinosa.

«Celebridades», monólogo por el alumno José Frigerio.

«Valse bleue», Margis.

Premios de los cursos comerciales, segundo y tercer curso.

«Gavote de l'Infante», Marie.

«Despedida», por el alumno M. Pringles.

«La Feria», bolero, Thullier.

El niño Teodoro Blanco, de ocho años de edad, recitó, con el aplauso general, una composición á la bandera nacional.

Todos los números del programa fueron brillantemente desempeñados, arrancando á la concurrencia aplausos y mereciendo algunos de ellos ser bisados á instancias del auditorio.

Los alumnos premiados

Fots. de Blanco y Padilla.

La cabeza de la columna dando vuelta á la plaza

En los primeros días del mes presente se efectuó en la ciudad del Salto una procesión en honor de la Purísima Concepción, á la que concurre todo el pueblo católico, haciendo ca-

beza á ella congregaciones y autoridades mayores de la iglesia local. Lamentamos no poder informar más ampliamente, por falta de mayores datos.

La Purísima Concepción

La procesión entrando al templo

Fots. de R. M. Rodríguez.

LEONIDAS N. YEROVI.

El cómplice

A un lado del salón, el Juez severo; en el contorno ansiosa multitud; en el banco del reo una doncella de toca blanca y de corpiño azul.

Joya ninguna su vestido adorna; sólo en su pecho tosca cruz se ve; humilde en su expresión, mas nadie advierte que la aflijan temor ni timidez.

De un hecho criminal el Juez la acusa; tranquila lo confiesa sin rubor; al condenado á muerte que asistía preparó sigilosa la evasión...

—¿Cómo romper pudiste sus prisiones y el celo de las guardias evadir?

—Con la cruz de mi pecho hice una sierra; con mi toca y mi manto le vestí.

—¿Por qué la Ley burlaste y la Justicia?

—Otro es del corazón el tribunal:

vi llorar á la esposa y á los hijos

en la estancia infeliz, sin luz ni pan.

Mi vida no hace falta á ser alguno;

por la suya la dí sin inquietud.

—¿Quién te indujo? Tus cómplices revela...

—Sólo un cómplice tengo...

—¿Quién?

—Jesús.

EDUARDO CALCAÑO.

En los Ingleses Parques de gente rodeado, vestido de levita y de correcto tarro, subido sobre un coche se hallaba un hombre el sábado.

Con gestecillo enérgico, con voz casi de mando, hablaba lo siguiente locuaz, febril y rápido, mostrando al auditorio un frasco en cada mano:

«Este es el específico mejor para los calvos que, con usar tan sólo, un frasco ó medio frasco, al más pelado vuelve un oso siberiano!»

«Yo soy célebre médico de Europa respetado; la Facultad de Viena me cuenta entre sus sabios.

Yo vivo en las Américas cruzándolas filántropo, dejando luminosas señales de mi paso; yo doy cuando los piden, sin oponer reparos, consejos á los necios y pelos á los calvos!»

«Mirad! éste es el líquido reproductor y mágico; y débese á un secreto— ¡científico milagro!— que pelo no se vuelva metido dentro el frasco!

Es tanta su eficacia que un día á un toro bravo le hizo brotar cabellos hasta en los mismos cachos...

¡Comprad, comprad señores, solteros y casados!»

«Si hay entre los presentes algún mocito cándido á quien se tome el pelo y esté sin él quedando, que un frasco de éstos compre que es útil renovarlo!»

«¡Llevad el gran remedio! ¡Llevad horribles calvos!

¡Que se os mire peludos y no cual hoy pelados!

¿Quién quiere estar sin pelos pudiendo tener tantos?... A dos, á dos pesetas se vende cada frasco del tónico infalible, del líquido preciado que fertiliza en breve el más estéril cráneo!»

Calló el médico ilustre jadeante y fatigado, secó con el pañuelo su cara, cuello y manos, y al enjugar su frente quitóse el negro tarro, pudiendo ver entonces el auditorio extático que el sabio doctor era completamente calvo!...



La cabeza de la columna dando vuelta á la plaza

En los primeros días del mes presente se efectuó en la ciudad del Salto una procesión en honor de la Purísima Concepción, á la que concurre todo el pueblo católico, haciendo ca-



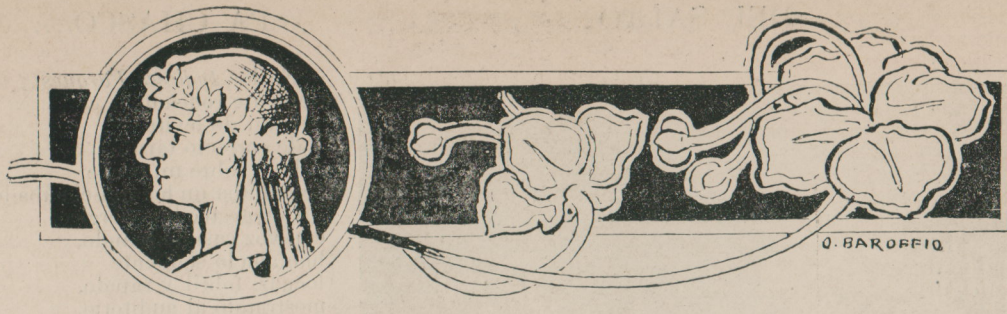
La Purísima Concepción

beza á ella congregaciones y autoridades mayores de la iglesia local. Lamentamos no poder informar más ampliamente, por falta de mayores datos.



La procesión entrando al templo

Fots. de R. M. Rodríguez.



La hermana pálida

I

Era la hija única del más grande Rey de Asia. Ya imaginaréis que nada le faltaba de lo que puede hacer la felicidad de una joven Princesa. Habitaba en un Palacio de jaspe rosado, completamente invadido por el sol; sus lindos pies desnudos, cuando pasaba de una pieza á otra, lánguida y sostenida por sus sirvientes negros, se hundían en tapices profundos que los acariciaban, y á todas horas del día, orquestas invisibles le tocaban músicas que causarían deleite á los oídos más delicados.

No hay para qué decir que tenía en cofres hechos de cristal de roca, todos los zafiros que sueña la loca ambición de una coqueta; se hubiera podido pavimentar toda una ciudad con el derroche de sus pedrerías.

Sus trajes eran deslumbradores; se habían empleado en ellos las muse-linas de Grinagor; las blondas lanas de Cachemira, las finas sedas de Cherbessy y de Ispahán.

Pero lo más propio para mantener gozoso el espíritu de la Princesa eran los maravillosos jardines en que se asentaba su palacio. Allí, no había caído jamás una gota de lluvia del cielo, eternamente azul; allí las flores más raras se abrían magníficas y fragantes, hinchadas de savia, calentadas por el ambiente del verano, inclinándose sus llorosos y embalsamadores cálizos; allí las bestias feroces de los bosques y de las selvas, leones, tigres, panteras, estaban como gatos maullando de placer bajo la mano que los acariciaba; se veían de súbito en el desbordamiento del follaje de los cactus, sacudimientos de melenas doradas y monstruosas sonrisas de faunos, y sobre las flores ampliamente abiertas, sobre las bestias errantes ó indolentemente recostadas en la tibieza de los musgos y de las hierbas, resplandecía con furiosa magnificencia la luz del sol. Todo era de oro: las hojas, los cálizos, los guijarros de las avenidas y los lejanos resplandores del horizonte.

II

Sin embargo, la Princesa parecía no estar sa-

tisfecha con tantos esplendores; la sorprendían abismada en largas meditaciones; era visible que se fastidiaba: palidecía notablemente, como una rosa encarnada que se convirtiera en rosa blanca.

Suponían generalmente que tenía un deseo misterioso, un secreto pesar. Pero ¿cuál era su deseo, cuál su pesar?

—¡Oh, hija muy amada!—le decía el anciano monarca,—¿por qué no me revelas el pesar que te oprime? ¿No sabes que soy todopoderoso y que, por verte sonreír, realizaría las más penosas empresas? Si no tienes suficientes pedrerías en tu cofre de nácar, di una sola palabra é iré á conquistar el reino de Golconda ó el de Visapur, para que no te falten nunca brazaletes de carbunclos ni collares de coral. Pero ¿de-seas quizá á desposarte?

Habla sin temor, di el nombre de aquel á quien eligió tu corazón, y pongo por testigo al cielo, que le tendrás por esposo, ya fuera el heredero del más glorioso de los soberanos ó el bastardo de un hombre de un hombre de fatiga que lía sus fardos silbando una canción. ¿No? ¿No es el Himeneo lo que te preocupa? ¿Acaso el radioso oro solar que chispea en tus jardines no tiene bastante brillo y color luminoso? Si tal es tu pensamiento, no me lo ocultas, pues á fuerza de hecatombes y de templos levantados en honor de los dioses, obtendría de ellos, por hacerte sonreír, que redoblaran el esplendor del sol.

—Sí, algo me falta; hay algo que deseo, pero ¿qué es? no lo sé; y me muero por un deseo del que ignoro el objeto.

—¿Qué! ¿no tienes ninguna idea?

—No—contestaba ella—ninguna idea precisa. Después, con los ojos vagos, con la voz lenta y apagada y como si hablase en sueños, añadía:

—Sólo creo que es muy blanca, muy pálida y que está allá, lejos...

III

Por consejo de sus más adictos cortesanos, el Rey se resolvió á hacer viajar á su hija. Quizás

hallaría en país próximo ó lejano lo que ambicionaba con tan amargo é incierto deseo; en todo caso, las sorpresas, las aventuras de los caminos le proporcionarían asuntos con que distraer su perenne tristeza.

Jamás se había visto una caravana comparable en magnificencia á la que se formó para el viaje de la Princesa. Delante de una tropa innumerable de camellos que llevaban las provisiones y los bagajes, entre más de mil servidores, todos vestidos de seda y ricamente armados, tocando algunos el kúser y la archiviola para marcar el ritmo de la marcha; ocho efefantes blancos, elegidos para que anduviesen á paso igual, llevaban una ancha tirima cubierta de tapices, y toda una casa de varios pisos se levantaba sobre ese castillo fantástico y movable.

Detrás de una ventana, con la frente apoyada en los vidrios, la viajera veía pasar las ciudades y los paisajes.

¡Ay! por todas partes, bajo la inmensidad del cielo ardiente, veía las habitaciones doradas por el sol, los vasos dorados por el sol y el oro infinito de las arenas y el oro humeante del horizonte. Por todas partes el suelo se abría como desgarrado y mordido por el sol devastador. No valía la pena de haber abandonado los jardines de Palacio; iba á hallar en todos los lugares el esplendor implacable del perpetuo verano.

Ni aun después de abandonar la caravana para subir sobre un navío, el sol se apartó de ella, inflamando furioso y haciendo lucir como una mancha de púrpura la inmensidad del mar, y encendiendo al caer chispas en las crestas de las olas.

La Princesa se hundía sin esperanza, caía vez más, en un irremediable fastidio.

IV

Pero una tempestad arrastró el bajel. A pesar de la habilidad del capitán y del celo de la tripula-



ción, fué sacudido durante una semana por la rabia del agua y del viento, y cada instante esperaban ver la sepultura por algún abismo bruscamente abierto.

Sólo la Princesa no mostraba espanto; pues poco les cuesta morir á los que han perdido la esperanza en la vida. Por fin, después del alba del octavo día, la tempestad se calmó.

¿En qué paraje se hallaba el navío? El capitán mismo no hubiera podido decirlo con precisión; era probable que hubieran sido lanzados hacia el norte, pues se veía una claridad muy pálida; se hubiera dicho que era un fantasma del sol muerto el que se levantaba sobre las olas y las coloreaba dulcemente.

La Princesa miró aquella luz fría, envolviéndose en ella como en una frescura exquisita.

Después, súbitamente, con la vista extraviada, como soñando, tendió los brazos hacia la orilla próxima y gritó:

—¡Oh! ¿Qué es aquella vasta blancura misteriosa, desconocida, que sube, sube y se pierde en el cielo pálido?

Uno de los marineros le respondió:

—Señora, es nieve...

—¡Nieve! ¡nieve! ¡era á ti á quien deseaba! ¡Oh, hermana mía, era á ti á quien amaba! exclamó.

Entonces, despreciando los esfuerzos que hacían por apartarla de su deseo, ordenó llegar á tierra.

Fué la primera en saltar sobre la alba orilla y también la primera que se extendió sobre la nieve, tocándola con sus manos abiertas y besándola con sus labios rápidamente enfriados.

Después, tuvo un dulce vahido y no se incorporó más. Se quedó acostada sobre aquella blancura, inmóvil, sonriente, más feliz que todos los vivos. Había muerto al besar aquella nieve, en un estremecimiento de delicia.

CÁTULO MENDES.

París.



Playa Ramírez—El columpio



A una rubia

Robó el oro su lustre á tu cabello
Y á tu boca el coral su sangre pura,
Ostenta el mármol sobre ti su albura
Y el cisne arquea como tú su cuello.

En tu sonrisa se estremera el sello
De un beso de amor á tu hermosura,
Y en tu mirada trémula fulgura
La lucha de una sombra y tu destello...

Lohengrín te ha soñado como un rubio
Querub, envuelto entre flotantes tules,
Sobre su cisne blanco en el Danubio;

Y ha visto que halagando sus antojos,
No son tus ojos como el cielo azules,
Sino el cielo es azul como tus ojos.

José SANTOS CHOCANO.

Una mujer con dos maridos

Abelardo y Ofelia formaban un matrimonio de los que pueden llamarse relativamente felices.

Su unión era legítima, no sé si por lo civil ó lo eclesiástico; pero el caso es que vivían en paz, y aunque pobres, iban pasando la vida sin graves tropiezos, en medio de la prole que Dios le había dado; ó mejor dicho, que ellos mismos se habían procurado, porque Dios no se mete en esas cosas.

En sus buenos tiempos Ofelia había sido una mujer muy interesante, según la pública voz y fama; sus adoradores fueron infinitos, y además la fortuna la tuvo colmada de favores.

Pero vinieron los malos días; la suerte le volvió la espalda hasta el extremo de dejarla, con su Abelardo, en una premiosa situación; pero por lo que hace á sus atractivos personales no los había perdido todos, felizmente, y la prueba es que algunos atrevidos le guiñaban todavía el ojo.

Ella, naturalmente, no les hacía caso, por respeto á sí misma, á su marido y á sus deberes conyugales.

Sin embargo, Abelardo era celoso; y aunque no podía dudar de la virtud de su excelente esposa, más de una vez se le ocurrió la idea de que él se muriera, por ejemplo; era muy probable que la viuda le buscara un sustituto.

Esta idea le quitaba el sueño y dábale ratos muy amargos.

—Yo bien sé, decía, que mientras viva, será ella incapaz de jugármela. No, eso no, seguramente; pero si pelo el ojo antes que ella... Un día me llorará, y dos también; pero á la larga se irá al bollo y dejará al muerto en el hoyo.

Tanto le trabajó este fúnebre pensamiento, que cierto día se resolvió á hacer una prueba decisiva: la de pasar por muerto, á ver qué hacía su mujer.

II

Una fresca mañana de invierno despertó Ofelia en su lecho y vió con asombro que su marido no estaba á su lado.

Levantóse apresuradamente y le buscó por toda la casa llamándole con esa voz dulce y cariñosa que tenía.

—Abelardo! Abelardo! ¿Dónde estás?

Pero Abelardo no le respondía.

Se le trastornó tanto la cabeza á la pobre mujer, que en medio del aturdimiento en que se hallaba, buscaba á su marido debajo de las camas, en el fondo de las cubas, en los cajones de las mesas. Nada! El hombre había desaparecido en cuerpo y alma.

Pasó un día, dos y tres. Abelardo no volvía.

Ofelia lloró á mares; accesos de locura durante los cuales mandaba publicar avisos en los diarios, dando las señas de su marido y ofreciendo una gratificación al que se lo encontrara; mas tampoco dieron resultado los anuncios.

Para acabar de abrumentarla en medio de su dolor, iba frecuentemente á verla una beata des-

ocupada, y con el pretexto de consolarla le proponía hipótesis atroces.

Mira, niña—le decía—no te desespere por tu marido, ni le busques más; estoy segura de que se lo ha comido algún lagarto ó lo han enterrado vivo contundiéndolo con algún muerto, no te quepa duda.

Y la viuda lanzaba unos suspiros que partían el alma.

Y sus hijos lloraban también los pobrecillos.

III

Pasaron algunos años...

A media cuadra de la casa de Ofelia conversaban dos hombres á la luz de un farol

—Canafistola!—exclamaba uno de ellos en el colmo del asombro;—¿cómo has hecho semejante cosa!

—Para probarla, replicaba el otro lleno de confianza.

Los interlocutores eran Abelardo, el marido de Ofelia, y un amigo.

—Pero si has pasado por muerto mucho tiempo; nadie se ocupa ya de tí, hasta recuerdo que te hicieron honras fúnebres en el primer aniversario de tu fallecimiento.

—¡Sí, lo supe yo también!

—Entonces sabrás igualmente que dos años después...

—¿Qué?—interrogó Abelardo, abriendo tamaños ojazos.

—Nada, hombre nada! ¿Y ahora qué piensas hacer?

—Ir á mi casa y presentarme ante mi querida esposa, para que me reciba en sus amantes brazos.

—Mejor hubieras hecho en morirte de veras.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—Tú me ocultas algo...

—Yo nada tengo que ver en tus asuntos. Ya verás luego el resultado de tu resurrección.

IV

Con el corazón agitado se encaminó Abelardo á su antiguo hogar, y de pronto se detuvo presa de un escalofrío.

Acababa de ver un pantalón colgado en un cordel de la azotea.

—Soy perdido!—exclamó.—¿De quién es esa prenda reveladora de mi desgracia? Ahora lo sabré!

Y se lanzó escaleras arriba, gritando:

—Ofelia! Ofelia!

A los gritos acudió un señor que le detuvo en el último escalón de la escalera, preguntándole:

—¿Qué se le ofrece á Ud?

—Me gusta la pregunta,—articuló Abelardo enfurecido.—A mí es que me toca preguntarle ¿qué hace usted aquí?

—¿Yo? Hombre me agrada el interrogatorio: pues sepa usted que estoy en mi casa, caballero!

—¿Su casa? ¡Diablos! Esta casa es mía, si usted no dispone otra cosa, señor advenedizo!

—Vamos, usted ha perdido el juicio.

—Ofelia!—gritó Abelardo.

—¿Qué quiere usted con mi mujer? exclamó el otro, cada vez más sulfurado.

—Con la suya no quiero nada. Yo llamo á la mía, á Ofelia, mi querida esposa.

—Esa es la mía, desgraciado!

—Calle usted la boca, que no sabe lo que habla... Ofelia es mía...!

Ya iban á pasar á las vías de hecho, cuando se abrió una puerta y apareció Ofelia asustada, con todos sus hijos.

Los mayorcitos al conocer á Abelardo se abrazaron de sus piernas gritando: ¡papá, papá!

Los menores llenos de miedo se refugiaron entre las piernas del otro sollozando: ¡papá, papá!

Ofelia con los ojos muy abiertos y la boca otro tanto, no sabía qué decir ni qué hacer.

El sujeto de la casa preguntó al fin quién era el recién llegado, y se impuso de que resultaba ser el primer marido de su esposa, á quien se creía difunto.

Abelardo comprendió á su vez que el otro era el segundo marido de su mujer.

La escena no podía ser más patética.

Las miradas de los dos hombres estaban fijas en Ofelia.

—¿Qué has hecho mujer? interrogóle Abelardo con voz cavernosa.

—Yo te he creído muerto, y por eso me casé con éste.

—Pero ya ves que estoy vivo.

—Y á mí qué me importa!—exclamó el otro que se llamaba Indalecio.

—Cómo que no le importa!—Pues tendrá usted que salir de aquí, caballero, porque yo soy el marido principal.



Señorita Sahara Vera

—Se estaba usted replicó el otro: porque tengo sagrados derechos adquiridos. Quién le mandó á usted hacerse el muerto! Los muertos no resucitan!

—Salga usted de aquí!

—No salgo!

Y entretanto los chicos de Abelardo gritaban en coro: ¡que no se vaya mi papá!

La atribulada Ofelia, viendo que no podía adoptar ningún partido, y que el escándalo subía de punto, pues los muchachos se estaban trompeando, divididos en dos grupos, en defensa cada cual del autor de sus días, optó por desmayarse con todos los aparatos que requiere tan interesante y dramático suceso.

V

El asunto no se ha resuelto todavía y mantiene muy preocupada á la sociedad santiaguina. Unos opinan que debe intervenir el jefe político, otros que el presidente de la República, otros la Corte Suprema; en tanto que la Cámara, pues ya habrán comprendido ustedes porqué hueco sale la cabeza de este artículo; en tanto que la Cámara, digo, permanece desmayada en medio de la familia desunida esperando á que San Juan agache el

dedo y se nombre á Corvalán ó Gutiérrez.

Muchos creen que este asunto no tiene solución; pero yo opino que sí la tiene, basado en la famosa sentencia de Salomón.

Amenacen con partir de un sablazo la discutida elección del domingo, para repartirla entre los interesadísimos, como pensó hacerlo el sabio rey de Israel con el niño disputado por las dos mujeres, y á aquella que se muestre más abnegada, désele el chico entero, por ser la verdadera madre.

JACK THE RIPPER.

El carbunclo

El carbunclo vuela. A veces se halla escondido en una piedra; otras en el fondo del Lempa ó del Río Grande. Se halla también en el corazón de los grandes árboles de las montañas.

No hay minas de carbunclos, ni alumbran por el día. Lo que llaman diamantes no son más que pedacitos de carbunclos muertos. Porque el carbunclo es vivo. ¿Han visto ustedes las exhalaciones? Pues son carbunclos.

A media noche, en lo más callado de la noche, cuando todos duermen, baja el carbunclo, entra á las casas y va saltando como un granada de luceros. A cada salto se apaga y se vuelve á encender. ¡Ah, qué hermoso es! Si uno llega á cogerlo, se va, se pierde, se deshace entre las manos, y cuando uno se ha quedado buscándolo se le ve aparecer más allá, rojo, brillante, como una brasa con alas.

Ahora ¿cómo dirán que se coge el carbunclo?

Hay que estar en gracia de Dios, por supuesto. Gente que no esté en gracia de Dios, ni se acerque. Entonces, pues, si está uno en gracia de Dios, se levanta á las doce y pone una batea

de agua bendita. Ahí llega á beber el carbunclo. ¡Cuidado con ir á cogerlo! A la noche siguiente se pone la batea, ya no en la cocina—porque primero se pone en la cocina—sino en el cuarto de dormir. Llega otra vez, y bebe agua. A la tercera noche, se deja la batea en la sala, reza uno sus oraciones, y á la hora en que va á llegar está uno listo. Entra saltando como una brasa, cae en la batea, y entonces, pero pronto, le echa uno un trapo encima.

Y ya no se va. Al sacarlo del agua, la casa parece que está ardiendo. ¡Es una luz tan suave, tan hermosa, tan viva, que no hay sol, ni lucero, ni nada!

Cambia de color á cada instante; ya es una roja granada, ya un grande ópalo, ó una inmensa esmeralda. Otras veces parece un zafiro, una amatista, un rubí, un topacio... El carbunclo da todas las luces; quien lo tiene es dichoso; está contento, siente que la luz le llega hasta el alma...

Es del tamaño de un huevo de paloma. Es como tener una estrella.

ALBERTO MASFERRER.

La educación europea

CUENTO CRIOLLO

Don Aniceto es un viejo bonachón, vecino de un pueblecito llamado *San Canuto*, donde pasa por millonario.

En efecto: posee una hermosa vega, plantada de café, cacao, caña de azúcar, plátanos, frutas y yerba.

Ha fabricado cinco casas de azotea, sin contar la que habita, que ostenta dos balcones, y es la maravilla arquitectónica del pueblo.

Tiene veinte vacas *atravesadas*, que entran al pueblo majestuosamente, al caer la tarde, con las ubres al reventarse.

Monta una yegua manchada que andonea á las mil maravillas y lleva siempre detrás un potro, cuyo relincho es como una carcajada infantil, ó una escala de clarinete, que avisa á los vecinos que pasa el rey del pueblo.

En su casa se vende leche fresca desde muy temprano; y, en todo el día, quesos de mano, café molido, cacao en tablitas, papelones, alfondouques, con servas de naranjas, plátanos, cambures y cuanto produce su rica vega.

Doña Patricia, su esposa, hace las ventas, acompañada de una chica color de canela, con ojos de linterna y unos labios de ají chirel que tienen alborotados á los moce-tones de la comarca.

Allí no se desprecia nada, y así han logrado los honorables esposos una posición envidiable verdaderamente y holgada.

Tiene por toda familia un hijo que es el encanto del hogar.

El hijo estudió en Montevideo en un renombrado colegio hasta graduarse de agrimensor.

El padre, que desde que se graduó lo llama *doctor*, lo mandó á Europa á seguir la carrera de ingeniero. Pasó en París cuatro años con la lujosa pensión de 400 francos.

En poco tiempo aprendió el francés correctamente, gracias al interés de una institutriz de 16 años que consiguió en Follies Bergères.

Ella se hizo cargo de enseñarlo á patinar, á correr en bicicleta,

á bailar y, sobre todo, de ayudarlo á gastar bien los 400 francos, y algún pico á cuenta del mes siguiente.

Rosina se hacía llamar, y era una rosa, en verdad, aunque marchita desde la aurora.

Pasaron cuatro años. Los estudios estaban terminados y era preciso volver á la patria nativa, ya menos amada que la extranjera.

El doctor veía á París como su verdadera patria, y eso pasa á todos los que viven allí algún tiempo, porque París es la metrópoli del Universo.

Hubo que decir adiós á Rosina, entre lágrimas y promesas y tomar el vapor en *Saint Nazaire*.

Veinte días de viaje y en Montevideo!

Desde que se anunció la próxima llegada del primer doctor que había producido San Canuto, todos se prepararon á hacerle un recibimiento digno de la cultura de aquel pueblo.

El telégrafo avisó, por fin, la llegada del vapor y la partida del doctor por el tren que debía llevarlo hasta el Durazno para seguir de allí en coche, y llegar dos días después á San Canuto.

Llegó sin contratiempos el momento anhelado.

El vecindario se alborotó.

Doña Patricia no pensaba desde la víspera más que en la comida y en el arreglo del cuarto para el doctor.

Le puso un catre con un famoso colchón de *barba de palo*, que llaman por acá cerda artificial; una almohada de espigas de caña frescecita, que exhalaba el confortante olor de los trapiches; y una colcha de cuadritos de zaraza de distintos colores, hechas por sus propias manos en cuatro años de paciencia.

El banquete se calculó de veinte cubiertos para los amigos íntimos, que resultaron muchos más á la hora de comer.

Se mató un lechón de raza conga, para servirlo como jamón; y un pobre pavo y cuatro inocentes gallinas, pagaron con la vida el regreso del doctor.

Se arregló un frasco de ajíes con pimientas y mostazas, porque según decía doña Patricia: — *esos musius comen candela*.

En los postres hubo grande esmero también: la mamá preparó su plato favorito que era una *torta pascualina* digna de los banquetes de Petronio, pasas de higo cuidadosamente *pasadas* en familia, que valían por todas las ciruelas, pasas y peras heladas de la vetusta Europa.

Una primita del doctor, que cifraba no sé qué esperanzas en el regreso de éste, preparó con harina de arroz, miel de abeja y mantequilla criolla, un primoroso panqué, en forma de torre coronada por una banderola verde en la cual escribió estas palabras — *Dichosos los que son deseados en su hogar*.

La vajilla de la casa no estaba calculada para días extraordinarios; y hubo de suceder allí lo que pasa en muchas casas, donde una comida de diez cubiertos es un acontecimiento, que todo lo desconcierta y pone á contribución al vecindario.

Así, pues, los platos eran de distintos colores y tamaños; y las copas alcanzaron trabajo-

samente y á razón de una para dos personas. Se habilitó de servilleta una tohalla de rejilla para el doctor y se dejó para los demás la parte colgante del mantel.

Dos grandes botellas de cristal se llenaron del mejor vino *moscatel* que había en el pueblo.

Se adornó la mesa con tres enormes ramos de alegres clavellinas, rosas y amapolas; se cubrieron las paredes de palmas de coco. En fin: un verdadero lujo occidental, para aquel pueblecito ignorado, que no había visto nada semejante desde que estuvo allí el obispo, de grata recordación.

Cohetes, triquitraques, vivas y músicas anunciaron la llegada del doctor al río, donde lo esperaba un grupo de caballería presidido por el señor cura, caballero en una cervantesca jaca.

Pasemos en respetuoso silencio las emociones de la entrada en el hogar después de tantos años de ausencia.

El corazón de la madre es un manantial de ternura que tributa amor por los ojos. El llanto es contagioso y no quiero enternecer á mis lectores.

Cuando el doctor entró en su cuarto á prepararse para ir á la mesa y contempló el mobiliario, se acordó de su departamentico de París, el gabinetico de Rosina, tan perfumado siempre y a mueblado con el exquisito gusto de una parisiense que cuida de su persona, rodeándola de cuanto pueda hacerla amable.

Se sintió en aquel momento como si hubiera caído de un globo; por fortuna los gritos de su padre que llamaba *¡a comer, á comer!*, lo sacaron de sus tristes recuerdos.

Colocáronlo con el cura en una cabeza de la mesa, frente á frente de sus padres.

Diez señoras y señoritas se colocaron de un lado y diez caballeros en frente, separados así porque el señor cura no quería que el *ganado bravo se juntara con el manso* (yo no sé cual era el manso).

Las damas estaban adornadas sencilla pero correctamente; los hombres vestían sacos negros, blancos y de color: pocos de chaleco, y alguno sin corbata.

Cuando el doctor vió aquella gente desconocida para él, tan fuera de las costumbres y modas europeas, creyó estar bajo el influjo de una pesadilla.

La sopa del exquisito caldo de gallina con porotos y habas sin pelar, le hizo volver en sí, y convencerse de su llegada al pueblo nativo.

Adiós sopa *julienne*! adiós sopa de *crevisse*! — decía en su interior.

Su estupor fué más grande cuando le sirvieron vino nacional sobre la sopa. Adiós — *burdeos*, volvió á pensar.

El lechón era un primor; el cuero, dorado por

el horno, incitaba al más desganado: tenía las patitas hacia arriba, y cada una lucía un ramillete atado con un lazo de cintas, en el hocico, sonreído, lucía otro ramillete de claveles.

Cuando el doctor se fijó en él no podía contener la risa: no se acordaba ya de aquellas cosas que no veía desde niño.

Al llegar á los postres, la primita, que se había puesto á su lado, arrancó la banderola que coronaba el panqué y se la ofreció. El la tomó cortésmente, sin saber qué hacer con ella, pero la prima lo sacó del apuro, prendiéndosela en el ojal.

Terminó la comida y principió la serenata y el baile. Aquello fué un mar de alegría donde el pobre doctor se sentía naufragar.

— ¿Qué es esto? — se preguntaba — y esto es la amada patria? — y es aquí dónde debo vivir!

Doña Patricia se empeñó en bailar una polca con su hijo. Era de rigor y él no podía desairarla: á pesar de su gordura, la señora no perdía el compás, pero él perdía la paciencia en medio de las risas, aplausos y gritos del pueblo que invadió la casa. Tuvo á bien reposar un poco.

Don Aniceto, poseído de la más ingenua alegría, se quitó la levita y ofreció el brazo á su esposa para continuar la polca.

Allí fué Troya! Los aplausos se multiplicaron. El clarinetista no podía tocar porque la risa lo ahogaba, y daba unos pitazos desconcertantes; el arpista perdió el compás, el violinista se descarrió; y hubo que suspender la polca.

A eso de media noche, sirvieron arroz con leche con rosquillas de pan de horno tostaditas que despertaban el apetito con su olor delicioso.

— Cómelas hijo, — decía doña Patricia al doctor, — son de maíz.

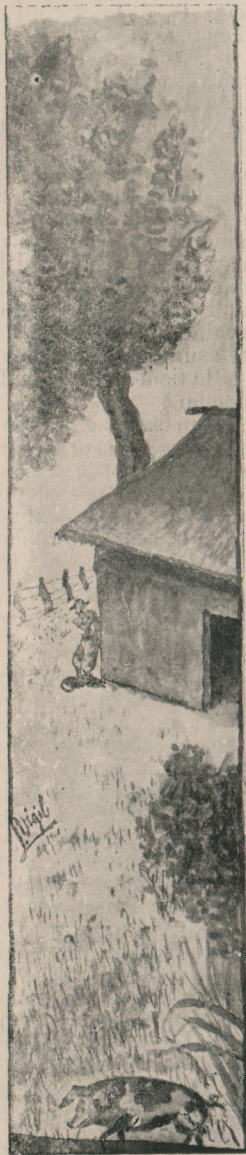
El doctor decía en sus adentros: Estos son los helados y barquillos de mi pueblo: — y los tomó resignado, para no turbar la felicidad de su madre.

El comisario, aunque hubiera tomado menos ron del que solía, se pasó de punto y mandó autoritariamente á tocar una milonga con relación.

— ¡Milonga! — decían las niñas, — ¡Milonga! — decían los jóvenes, asombrados de que en un baile de tono se tocasen aires populares.

Pero don Aniceto, que conocía el temperamento del comisario, mandó tocar la milonga más compadrona, y todos la bailaron haciéndole rueda al comisario, quien zapateaba de lo lindo, estremeciendo el pavimento; con lo cual terminó la fiesta más rumbosa que registran los anales de San Canuto.

El doctor se retiró á su cuarto y lloró de pesadumbre.



Los mosquitos deleitados en chupar sangre francesa, acabaron con él, y amaneció con la cara y las manos como si tuviera sarampión.

—¡Horror!—exclamaba viéndose en el espejo. —He caído en el centro del Africa.

Todas las mañanas salía caballero en la yegua á recorrer el campo con su padre, quien procuraba imponerlo de todo para entregarle el manejo de la finca; pero él veía todo con la mayor indiferencia. El sol, el polvo, los mosquitos y demás plagas lo incomodaban mucho.

La tristeza lo consumía: era la nostalgia de la tierra extranjera que lo mataba.

Un día cayó enfermo con fiebres. Afortunadamente, la médica, una curandera de agallas de aquel pueblo que tenía muy buenos aciertos, lo curó con baños de cedrón y vahos de ruda.

El temor hacia el trancazo y la idea de morir sin la asistencia de un médico, le dieron pretexto para decir á su padre:

—Padre mío: comprendo que no sirvo para llevar esta vida: tu amor y tu generosidad para conmigo me han causado un mal muy contrariamente á tus deseos.

He contraído necesidades y costumbres que no se avienen con este medio en que tú vives tan feliz.

Albor Rosa

Adoro la blancura de tu inocencia mística, que hasta la cumbre helada, de mi dolor albea, que, como halo de ensueño en mi quimera flota, y se derrama lánguida sobre mi enferma idea como un inmenso poema de orquestación ignota que arrulla mis nostalgias y mis lirismos crea.

Adoro el candor rosa que en tu mejilla tiembla,

Yo tengo una profesión, gracias á tí, que me dará medio de vivir. Deseo establecerme en Montevideo, si tu y mi querida madre me lo permiten.

Don Aniceto suspiró tristemente y le dijo:

—Haz lo que quieras, hijo mío, y cuenta con mi apoyo.

Ocho días después estaba en Montevideo el doctor.

Dos meses más tarde escribió á su padre:

—«Papá: Montevideo es insoportable también para mí.

Necesito volverme á París.»

Al leer esta carta exclamó don Aniceto:

Bien me decía mi compadre Pancho cuando lo mandé á Francia: «Quiera Dios que no le cause usted un mal á su hijo. Con frecuencia, la educación europea ha dado malos resultados. Yo creo que el hombre debe ser educado lo más cerca posible del lugar en que ha de vivir para que se acostumbre á vencer ó soportar las dificultades que le esperan y el trato de los hombres con quienes ha de estar en relación».

¡Cuanta razón tenía mi compadre!

F. DE SALES PÉREZ.

reflejo de la aurora que en el confín de tu alma florece como rubio crepúsculo de amor.

¡Cante, cante la alondra al pie de tu ventana, que oculta muchas rosas de incógnita belleza la aurora que aparece detrás de tu rubor.

JUAN FRANCISCO BEDREGAL.

Boliviano.

Y el Budha de basalto sonreía...

Aquella tarde en la alameda loca de amor la dulce idolatrada mía, me ofreció la eglantina de su boca

Y el Bubha de basalto sonreía...

Otro vino después y sus hechizos me robó: dila cita y en la umbría nos tocamos epístolas y rizos.

Y el Budha de basalto sonreía.

Hoy hace un año del amor perdido, al sitio vuelvo, y como estoy rendido tras largo caminar, trepo á lo alto del zócalo en que el símbolo reposa; derrotado y sangriento muere el día y en los brazos del Budha de basalto me sorprende la luna misteriosa.

Y el Budha de basalto sonreía...

A. N.

A los lectores

En razón á la vasta información, tanto gráfica como literaria, que tenemos para el número especial de primero de año, y á fin de que éste resulte un trabajo digno de la fecha que conmemoramos, nos vemos en la necesidad de suprimir el número ordinario correspondiente al 27 del presente.

Esta supresión redundará en beneficio de todos los que esperan con vehementes deseos nuestra publicación de 1.º de Enero, pues al par de poder ofrecer numerosas informaciones gráficas de actualidad y un material literario inédito debido á nuestras firmas de más renombre, el trabajo tipográfico será mucho más esmerado, en razón del tiempo necesario de que se podrá disponer para llevarlo á efecto.

A más de crónicas gráficas y abundantes que tenemos ya en nuestro poder, ofreceremos en el número de 1.º de Enero impresiones de todas las fiestas sociales que se celebren con motivo de Navidad, fiestas de beneficencia, romerías españolas, etc.

De paso, avisamos á todos los interesados en publicaciones en el número extraordinario, ya gráficas como avisadoras, que el límite para recibirlas es el 25 del mes presente.



Nuestro número de 1.º de Enero

El 1.º de Enero del año próximo ofreceremos á nuestros numerosos lectores y favorecedores, un número especial impreso en fino papel que abarcará alrededor de sesenta páginas.

Aparecerán en él detalladas informaciones sobre las principales instituciones del Uruguay, meritorias por uno ú otro concepto al aplauso y mención públicos.

Además, el número especial de «La Alborada», traerá una amplia información sobre actualidades nacionales y extranjeras y un ameno y seleccionado texto literario, en su mayor parte inédito, obra de los literatos de más renombre del país.

Para la inserción de avisos en este número especial puede ocurrirse á esta Administración, calle 18 de Julio 194 (1.º piso), antes del 25 de Diciembre del presente año.

Desde el 1.º de Enero de 1904

empezaremos á publicar en cuadernillos de ocho páginas, que irán unidos al periódico, las interesantes novelas

“Los Miserables”

de VICTOR HUGO, y

“La ciega de Sorrento”,

de FRANCISCO MASTRIANI.

El número especial de 1.º de año se venderá por las calles á 20 centésimos ejemplar



El teniente de los gavilanes

POR ZAYAS ENRÍQUEZ

—¿Qué dirá la reina Margarita? preguntó con cínica gravedad un joven apellidado Gutiérrez.

—¿Quién es la reina Margarita? preguntaron á la vez varios jóvenes.

—¡Vaya que sois ignorantes! ¿De dónde salís? ¿En qué aulas habéis cursado historia?

—Déjate de ensartar disparates, Gutiérrez, y acaba de reventar.

—Señores, el peor castigo que podemos dar al preopinante, es no preguntarle más.

—Te felicito, Martín, por ese preopinante, exclamó Julián.

—Te lo regalo, contestó Martín Varela.

—¡Gracias! no sabría dónde colocarlo.

—En las narices de tu suegra.

—Vocativo, caret.

—¡Toma! todavía sabes latín, Julián.

—Me ha sido imposible olvidarlo en ocho días. Pero juro que lo olvidaré.

—Siempre desaplicado! dijo Gutiérrez.

—Pero volvamos á la reina Margarita.

—Sí, apoyó Varela; no sea que vaya á morir Gutiérrez de un cuento malogrado.

¿Qué enfermedad es esa, doctor Varela?

—Lo de la reina Margarita, ó que me devuelvan mi dinero, gritó Leonardo.

—Señores, empezó Gutiérrez con su gravedad acostumbrada y que hacía á los demás perder la suya. Señores, me siento honrado en grado heroico y eminente por las repetidas muestras de aprecio de que soy objeto.

—¡Basta de exordio!

—Y quiero corresponder dignamente á tan indebida estimación, por lo que os diré que la reina Margarita no es ni puede ser sino la complaciente consorte de Enrique IV de Francia y de Navarra.

—¡Vete al diablo!

—Ha dicho bien, gritó uno de los comensales.

—¿Y qué tiene que hacer la ilustre y alegre princesa con Julián? ¿Acaso la hermana de Francisco I...?

—¡Horror!

—¡Fuera el profano!

—Señores...

—¡Bárbaro!

—Filisteo!

—Que le corten las orejas!

—Señores, calma; no creí haber dicho una cosa tan profunda.

—Barrabás, que haces vivir en la misma época á Enrique IV y á Francisco I.

—Pues peor es lo que ustedes hacen: convertir en contemporáneos á Enrique IV y á Julián Rodríguez.

—Pero, á todas estas, insistió Leonardo, ¿quién es esa Margarita?

—Ya te lo dijeron, la esposa de Enrique IV.

—¿Y quién es Enrique IV?

—El esposo de la reina Margarita. Toma un curso de historia en la escuela de Alejandro Dumas, y sabrás esa y otras cosas del mayor interés.

—Señores, volvió á decir Gutiérrez, Enrique IV, es el general Güelmes.

—¡Silencio! exclamó Varela con voz de trueno, que impuso á los alegres jóvenes, quienes empezaban ya á trastornarse con las repetidas libaciones que habían hecho. ¡Silencio! repitió. Es de bellacos hablar así de la honra ajena, en medio de una borrachera.

—En cualquiera parte que sea, añadió un joven.

—¿Es una lección, Martín? preguntó Gutiérrez con impertinencia.

Martín había vuelto en sí, y, cambiando de tono, contestó:

—No, no es una lección ni mucho menos, y siento haber hablado con tanta vehemencia.

—De modo, ¿que retiras lo de bellaco?

—No, Gutiérrez, no retiro nada, porque soy y seré siempre del mismo modo de pensar.

—Luego, ¿insistes en que soy bellaco?

—Creo que has obrado sin reflexionar...

—¡Ah!... bueno. Pues señores, prosiguió imperturbable Gutiérrez, la reina Margarita es la esposa del general Güelmes; y les han dado ese apodo, porque ella es lo que se llama una real hembra, llena de caprichos; y él un galán incorregible y versátil, y ambos se toleran mutuamente sus debilidades.

—¡Mientes! interrumpió Varela, poniéndose en pie.

—Pero, hombre ¿qué furia se ha apoderado de ti? preguntó Julián.

—La que se apodera de todo hombre honrado al oír que se calumnia cobardemente á un caballero y á una dama, que no pueden defenderse. Es una villanía hablar mal de los ausentes...

—Y, sin embargo, objetó Julián, esa es la única oportunidad para decir sinceramente lo que se piensa de ellos.

—Suponiendo que sea calumnia lo que yo cuento, repuso Gutiérrez...

—Calumnia y nada más que calumnia.

—Parece, Martín que te has propuesto refñir conmigo; y aunque por ahí acabaremos, quiero que sea en su tiempo y lugar. Por ahora, y para convencerte, sábet que casi todos los presentes hemos recogido el pañuelo de la sultana, y que Julián es el que lo ha conservado más tiempo.

Varela miró á todos los circunstantes, quienes se quedaron impávidos, y se fijó por último en Julián, quien dijo con hipocresía:

—¡Qué quieres chico!... Por eso me apresuro á ponerme en salvo: tengo miedo de ser devorado por la insaciable Majestad!

—¡Sois unos malos caballeros!

—Martín, objetó Gutiérrez, esa injuria colectiva á nada te expone. Yo la recojo y te pediré cuenta de ella.

—Ya tardas, Gutiérrez.

—Perdona; pero si te concedo el derecho de escoger el tiempo para injuriarme, concédeme tú el derecho de fijar el mío para pedir reparación.

—¡Desde ahora hasta toda la vida! exclamó Varela con ademán digno de un paladín de los de la edad media.

—No necesito tanto.

—Señores, el general Güelmes es mi amigo y mi superior. Yo he servido á sus órdenes, y me considero con derecho á recoger la injuria que se le hace. En nombre del general y en el mío, os reto á todos, uno á uno, ó como gustéis.

—¡Aceptado! exclamaron varios al mismo tiempo.

(Continuará).

PAGINA QUE INTERESA LEER

BREVEMENTE

REGALO VALIOSO A LOS SUSCRIPTORES DE "LA ALBORADA"

!!!2 NOVELAS!!!

por entregas de 8 páginas cada novela, que irán intercaladas semanalmente en el periódico. El suscriptor podrá con facilidad coleccionar la obra completa, separadamente del periódico. Las dos novelas empezarán á publicarse á un mismo tiempo, á fines de noviembre ó principios de diciembre.

OBSERVACION

El público sabe y está acostumbrado á pagar 0.10 centésimos por cada entrega de novela que consta de 8 páginas. Este periódico dará 2 entregas, á más la revista, por los precios de costumbre indicados en tarifa aparte.

AL PUBLICO

Los interesados deben anticiparse á hacerse suscriptores á fin de poder obtener todas las entregas desde el comienzo de las obras

PREVENCION

La administración de LA ALBORADA no se hace responsable por suscripciones pagadas adelantadas, en las diversas agencias de periódicos de esta capital.

Los suscriptores de la capital que deseen abonar adelantado, deben hacerlo directamente con esta administración, 18 de Julio 194.

GALERÍA "HACENDADOS EN EL URUGUAY"

Se pide á los señores estancieros quieran contestar, á la mayor brevedad posible, las comunicaciones que les ha dirigido esta Empresa, solicitando retratos y datos de sus establecimientos, á fin de organizar el orden y darles la colocación necesaria en la susodicha Galería.

Los estancieros que no hayan recibido dichas comunicaciones ó bases, pueden reclamarlas al señor administrador de LA ALBORADA—calle 18 DE JULIO 194, Montevideo.

NOTA—A indicación de algunos amigos, la orla con retrato, en vez de publicarse en la última página de las tapas, como se dijo en circular, irá en una de las páginas del texto.

PESOS 10.000 PESOS

Desde el 12 de Septiembre hasta el 31 de Diciembre de 1903

Interesa á todos los lectores y suscriptores de "La Alborada"

La empresa de este semanario regalará á todo suscriptor ó lector que mande á la Administración de LA ALBORADA una nueva suscripción semestral de \$ 3, ó anual de \$ 5, pagadera adelantada, un quinto de la lotería del Hospital de Caridad, cuyo premio mayor sea de \$ 10,000.

El quinto de lotería pertenecerá á la semana en que se envíe la suscripción si la lotería que se juega es de \$ 10,000; de lo contrario, se le donará el quinto en la primera próxima jugada de ese premio.

Todo suscriptor ó lector que consiga de una vez ó suscripciones anuales ó semestrales pagadas adelantadas en esta Administración se le regalará un entero de la misma lotería de \$ 10,000.

La elección del número queda á cargo de LA ALBORADA.

Las suscripciones que consigan los lectores ó suscriptores de campaña, en caso de coincidir la fecha en que se remita la suscripción ó suscripciones, con la de extracción, no tendrán el beneficio del quinto ó billete hasta la primera próxima jugada.

A los mismos señores se les avisará con tiempo el número del quinto ó billete regalado, para constancia de las cifras de los mismos, y que no se les envíará por correo á fin de evitar extravíos.

La Administración de LA ALBORADA, comunicará á los interesados de campaña si están los números premiados, no entregándose el importe del premio, ó el billete, á ninguna persona que no justifique ser dueño ó apoderado de la persona agraciada.

NOTA—Este regalo no reza con los señores Agentes que perciben comisión.

Todas las comunicaciones deben ser dirigidas al Administrador de LA ALBORADA, señor Agustín Salom, CALLE 18 DE JULIO 194, Montevideo.

La suscripción semestral adelantada vale \$ 3, la anual \$ 5.

Recórtese el siguiente boleto y envíese al Administrador de LA ALBORADA, teniendo cuidado de llenarlo con letra clara.

Señor Administrador de LA ALBORADA:

Puede Vd. anotarme entre los suscriptores de LA ALBORADA, á cuyo efecto le envío la cantidad de pesos.....
para pagar adelantado.....
Vencido ese término de tiempo daré aviso de continuar ó de eliminarme como suscriptor.

Fecha.....

Firma del suscriptor.....

NOTA—Mi dirección es:.....

Firma del propagandista:.....

Es indispensable para obtener el billete de lotería presentar al suscriptor en este boleto.

EL
Taller Martini
 se mudó á la calle
 Constituyente N° 100
 ———
 Trabajos de pintura
 en general
 ———
 Precios módicos

!!! XALAMBRI !!!
 Reputado maestro en calzado fino
TITULANLE "ZAPATERO DE PRESIDENTES"
 ¡Visítelo Ud!
 25 DE MAYO, 172 -- MONTEVIDEO

TIENDA DE EQUIPOS MILITARES
 ANTONIO DE DOVITHIIS

RES NON VERBA  MI FE ES DIOS

CASA ESPECIAL EN PAÑOS MILITARES Y CIVILES
 SASTRERIA PARA CIVILES, MERCERIA Y TIENDA

130, CALLE 18 DE JULIO, 130 --- Casilla del Correo, 168

Esta casa recibe mensualmente las más selectas novedades en casimires, paños, etc., etc., directamente de Europa. Verías por mayor y menor á sus colegas los señores sastres de la Capital y de los Departamentos de campaña, y en las mismas condiciones comerciales practicadas en esta plaza.
 Esta casa tiene contrato otorgado por el Superior Gobierno de poder confeccionar vestuarios á los señores jefes y oficiales del Ejército, y á los demás empleados civiles de la Nación mediante un descuento mensual, hecho con intervención de la Tesorería General del Estado.
 Hace saber también que acaba de recibir un abundante y variado surtido de artículos europeos para la próxima estación de verano, que pone á su disposición á los precios acomodados de siempre.
 Asimismo, esta casa tiene en venta toda clase de casimires para trajes, que ofrece en buenas condiciones tanto á particulares como sastres.
 Precios módicos —Visiten la casa antes de comprar en otra parte.

A todos interesa

No deré cómo ni de dónde han salido los juegos de mesa que ofrezco hoy, porque son muchos los que dicen que los reciben en grandes cantidades cuando compran en plaza seis juegos, pero diré que los juegos de mesa de loza inglesa, de 85 piezas, con decorados finos, como los de porcelana y con filete dorado que ofrezco á 18 pesos el juego, son iguales á los que se venden por mayor á 19 pesos; por lo tanto creo que sea de interés para todos los que necesitan el artículo, saber que Irisity les ofrece grandes ventajas. Juegos de mesa, de 52 piezas, de loza inglesa, decorados en ocho colores, á 8 pesos el juego.

Casa Matriz: San José, 71 al 77, esquina Convención.
 Sucursal: 18 de Julio 414 y 416, esquina Yaguarón.
B. Irisity.

GRAN CAFE SOLIS
 Concierto todas las noches
 Calle Buenos Aires
 Frente al Teatro Solís

Almanaque Católico «Fé, Esperanza y Caridad» —
 Ejemplar \$ 0.10 cents. — Se vende en todas las librerías.

PROFESIONALES

S. SERRANO
 Casa especial de peinados
GRAN TONO
 Servicio esmeradísimo y completo. — Salón de tinturas y taller de postizos.
 SORIANO, 65 — Los dos teléfonos

PEREIRA ANTONOR R. Escribano público. Rincón 63.

RINALDI Y GUERRA. Cirujanos dentistas. Plaza Independencia 113.

D. V. CABRERA PEREZ. — De regreso de su viaje á Europa ha reabierto su consultorio en la calle 5 de Mayo 272, esquina á la de Treinta y Tres.

MEROLA, A. — Sastrería del Río de la Plata. — Especialidad en el corte — Libreas para cocheros. — 18 de Julio 234.

Talleres de "EL SIGLO ILUSTRADO", 18 de Julio, núm. 23. -- MONTEVIDEO

Menciónese «La Alborada»